

## LECTURA POÉTICA: DÍA DE GÓNGORA

---

MANUEL GAHETE JURADO  
ACADÉMICO CORRESPONDIENTE

---

Es ciertamente capital la influencia barroca en mi creación literaria. Ser andaluz es ya sintomático para comprender este carácter, esta impronta marcada en el espíritu como el símbolo vivo de una realidad vinculante. No he de negar que Góngora refulge nítido en mi inspiración estética; sobre todo porque siempre ha significado para mí la máxima libertad expresiva, la plenitud de la imaginación, el horizonte ilímite en cuya conquista todo se puede alcanzar. Góngora liberó a la poesía de toda atadura. En su palabra se contienen todas las demás palabras, después de él sólo es posible la emulación. Como muy bien decía Pere Gimferrer, "de espaldas a Góngora se puede escribir buena poesía, sí, pero olvidar o rechazar el proyecto de Góngora es descartar para la poesía el proyecto de más alta ambición posible, y, precisamente porque no cabe esperar que logremos esta más alta ambición íntegramente, aspirar a ella es nuestro deber" (Prefacio a las *Obras de don Luis de Góngora. Manuscrito Chacón*. Málaga, Biblioteca de los Clásicos de la Real Academia Española, 1991, p. XI).

Pero mi pleitesía a Góngora no lo significa también al culteranismo. Sí a la libertad expresiva, a la riqueza léxica, al conocimiento científico de los materiales y su aplicación coherente, correcta, precisa y selectiva; sí, en definitiva, a la concepción compleja de la poesía como proyección de la inteligencia, la imaginación y el espíritu. Y cautelosa reserva, sin embargo, al farragoso vicio de la oscuridad cuyo esotérico camino sólo está preservado a los genios. La poesía es magia, sugerencia, prospección del alma, arcano, región anfractuosa del pensamiento; mas no superchería, confusión u hojarasca, de la que tantos ejemplos podríamos refutar y olvidar.

Me inclino a afirmar que por huir de este poder de seducción de Góngora, he encontrado cobijador asilo en la fuerza quebrantada y diamantina del singular Quevedo. En él me reconozco como si me mirara en un espejo inverso que quisiera absorberme. Porque la poesía también halla su verdadera luz en el conflicto, en la quimera, en el desarme, en el sentir doliente de la vida. Y quién puede negar a la tragedia su condición barroca, como extremado vuelo que oscila desde la oscuridad a la luz, entre la enormidad y la belleza.

No podría ser de otro modo. Buscando la perfección, me he encontrado a veces con el más acuciante abismo. Sé que ningún espacio descubierto o por explorar aún es impenetrable cuando lo recorremos guiados por el fuego, a la vez, catártico y deletéreo de la poesía.

Textos inéditos de *ELEGÍA PLURAL* de Manuel Gahete.

### Rival

A veces sólo siento que la vida

es un lento cansancio de uno mismo.

Aguanto un esqueleto de cólera en mis ojos  
para no suplicar.

Me yergo.

Yazgo.

Salta a la luz un río en tu mirada.

Después de tanto andar,  
me falta el tiempo  
y la sed  
y el secreto  
resplandor que auguraba  
el hecho de vivir sin haber sido.

Os juro que he guardado

la promesa de serme

fiel hasta la locura.

Más allá de mí mismo me ha llevado

este afán por la vida,

huella de la razón, ceniza en brasas.

Así será: lo merecido queda

bajo la piel cerrada de los otros,

de lo que se perdió por escondido,

de lo que se olvidó por entregado.

Sabedme aquí, heridas ya las alas.

Sangrante en el dolor que aún anuncia

un corazón de luz marcado a fuego.

### **Ícaro en Drimad**

Y te contemplo, hijo,  
en el instante  
en que te alejas como habías llegado,  
sin reclamarte  
pero siempre a punto  
de pronunciar tu nombre  
de batalla.

Infinito minúsculo,  
magnitud de mi sombra,  
conteniendo en tus manos todo el ardor del fuego.

Y tú que justificas

hasta el amor y el tiempo de la luz encendida

en la resurrección y en el olvido,

al fin tienes la gloria y la palabra.

Jugo gozoso de mi boca, espina

blanda del corazón, tú me recuerdas

el sínodo coral de aquel coraje  
que me negó la paz  
y hasta la risa,  
ese signo de fe sobre los labios.

Te contemplo a la sombra de la ausencia.  
Un frío mineral hiela mi cuerpo  
cuando vengo a beber si es que te ignoro;  
cuando tiendo a olvidar  
-cuestión de vida-  
el peso del dolor impronunciado,  
su sórdido rejón de nieve negra.

Hoy me atrevo a cruzar  
aquella calle  
donde evitó mi mano que corría como un tigre feral,  
rota en sus dedos;  
donde, en el mar de ruedas del asfalto,  
una oscura razón le arrancó el alma.

### Émulos de Kandinsky

Es atrevido y no conoce el miedo.  
Cree haber heredado la consigna  
de los héroes y el signo  
de la eterna existencia.

Hay días en que parece  
un joven dios caído de la noche  
a quien el tiempo unge  
con aromas sagrados.

Sabe bien lo que quiere.  
Ama a deshora.  
El coraje germina en su garganta.  
A veces interroga. Huele a cera  
y entre las piernas el sudor le crece.

Suele temblar herido entre mis manos.  
Tunde sin voz como un volcán dormido,  
oscuro manantial de sangre y fuego.

Ya lo he visto besar.  
Borra las huellas  
en el seno de cal de la cintura.

Y hasta sé que me observa,  
contrariado y nervioso,  
como a un curioso resto de pintura rupestre.

### Vida en punto

Regreso como siempre por las calles vacías  
a aquel antiguo tiempo  
en que un dios se miraba  
contemplando su cuerpo como un vasto dominio.

Me acerco de puntillas, con un ruido en la sangre  
presta a bullir, desnudo a la orilla del oro.  
Y allí mi vida rota renace, tiembla y canta  
los himnos que la carne aún destila en silencio:  
aquella herida leve del amor, ese espacio  
donde quedó anhelante la alegría del beso,  
el chasquido voraz de la esperanza  
con su ansia y su sed inapagables,  
la soledad, los pájaros de sombra,  
incienso agraz de olvido y agonía.

Aunque es tarde y lo sé, nunca es tan tarde  
si sobre el corazón ondea una risa  
o se vierte una lágrima  
anunciando  
el hondón de la luz sobre dos cuerpos.

Vuelvo otra vez a desandar mis pasos  
para poner al fin mi vida en punto.

### Anagnórisis

Sé del dolor  
porque en mi pensamiento  
ni una sola raíz creció que aliente  
la pasión de ese tú donde me engaño.

Sé de la vida. Airón,  
piedra, palabra,  
lejano álamo gris sobre el otero.  
Ese lejano adiós que no te escucha.  
Esa mano de fuego que no ciega.

Y, del futuro, sé  
porque fulgura  
mi sangre en la mirada de los jóvenes  
y en el río de rosas de otro cuerpo  
sometido al fulgor,  
aunque es de noche.

Sé del amor y el ansia que me cuesta

-¡ah, quién conoce mi desdicha honda!  
este amar sin dejarme vencer por la agonía.

### **Hombre solo**

Camina un hombre solo, desatada  
la cinta del vestido en los ramales.  
Se agitan en su carne viscerales  
deseos, como sierpe acorralada.

No ignora que su cuerpo es la celada  
de trasgos y de espíritus mortales.  
El aire tiembla activo; y ancestrales  
memorias le revienen de la nada.

Juguete entre los brazos del destino,  
el hombre es un modelo inacabado,  
principio y luz final ¿de qué camino?

Mis manos delatorias de esta ausencia  
suscriben el dolor: Muero callado.  
¡Qué cruel es el pesar si se silencia!

### **Canto del desposeído**

Ajeno a la palabra que te nombra o te busca,  
al sordo pensamiento,  
a la sombra del hombre.  
Después de haber probado las delicias más dulces  
y el dolor de saberte ceniza en lo gozado.

Ajeno a quien me habla  
y me escucha  
y me mide  
por mis gestos y manos, mi palabra o mi acento.  
Ajeno a toda historia,  
incluso a la que sabe  
de mis íntimos lances de amor, pasión y olvido.

Ajeno a quien me obliga a ser de otra manera  
cumpliendo el deber sacro de conocerme entero.  
Ajeno porque nada del mundo te posee.  
Ni eres dueño de nada.  
Ni nadie te hace sombra.  
Ni para nadie eres la luz en el camino.

Ajeno a las caricias del dolor, del oscuro

consejo que la vida nos augura o nos dicta,  
ausente,  
¡solo!

Solo,  
como un héroe esperando  
el laurel en las sienes o el acero en la carne.

Ajeno a las mentiras de las voces profanas,  
a la dulce lisonja  
¡oh, cántaro de nieve!

al tañido de harpas,  
al silbo de serpientes  
en las cuevas profundas de la piel y la rabia.

Ajeno siempre ajeno,  
como soñaste un día,  
desvistiéndote el alma, la palabra, los besos;  
caminando desnudo,  
a la vista de todos,  
carne fértil del alba, vino y pan de la luna.

Ajeno, siempre ajeno,  
sin padres y sin hijos,  
sin temor a la lluvia de la mujer amada.  
Ajeno a la materia de la pena y del gozo;  
y en esta paz

sereno  
y fieramente humano.

## Marea

De lluvia en lluvia el hombre  
tiende su piel. La tunde.  
Orea el pecho lazado con esquiras de niebla,  
sus pájaros de humo.

Deslavazado, astilla  
bajo el agua y la sangre, sella su historia amarga  
y una piedra lo alumbra.

El légamo lo empapa con sus besos de sombra.  
Arde su carne viva  
velada tras un sueño de crisol y de yedra.

Se reconoce fuego  
en la llama finita de otros ojos.  
Cendra, magma, ceniza  
bajo el tiempo inflamable.